

## ¿Qué es lo que nos ciega para ver a los otros?

Un santo hombre atravesaba un pueblo a la caída de la tarde. Llamó a todas las puertas, pero nadie respondió. Cuando salía del pueblo, vio una gruta. Era imposible llamar a la puerta, pues no tenía puerta. El más pobre de la región atizaba sus brasas bajo este abrigo. Cuando vio al rabino, lo hizo entrar, compartió su sopa con él, extendió en tierra su capa, y después se acostó él mismo en la tierra.

A la mañana siguiente, el rabino se levantó, bendijo a su huésped y le dijo: "Amigo mío, tú eres el único del pueblo que merece las riquezas. ¡Que dios te bendiga!".

Y como el rabino era un hombre muy santo, el Señor no podía dejar de dar curso a su bendición. En unos pocos años, el pobre hombre se hizo rico.

Cuando el rabino volvió al pueblo, se encontró ante las verjas de la casa más bella reemplazaba a la gruta. El portero le dijo al rabino que se fuera al diablo, pero el rabino no le hizo caso; entró y el pobre hombre rico vio aparecer al visitante en su cuarto.

El rabino le cogió por el brazo y le llevó hasta la ventana.

- ¿Qué ves por esta ventana?

- Veo una vieja que recoge leña, niños que juegan, enamorados que buscan la sombra de los árboles.

Entonces el rabino le llevó delante de un espejo.

- Y aquí, ¿qué ves?

- Veo mi rostro.

- ¿Y no estás cansado de ver siempre tu rostro? Por la ventana veías a los demás, sus alegrías, sus sufrimientos, sus trabajos, y aquí no ves más que tu triste rostro. ¿Cuál es la diferencia entre estos dos vidrios? Pues que tras este se ha colocado un poco de plata.

Y el rabino dejó al pobre hombre rico con sus reflexiones.